

Sentir como acto de rebeldía

**Texto por Valeria Montserrat
Galicía Mendoza**

**Fotografía por Valeria Flores
Márquez**



Sentir como un acto de rebeldía

Es difícil ser indiferente cuando se nace en un mundo como este.

Difícil no estremecerse ante cada injusticia.

Difícil mirar hacia otro lado cuando el dolor tiene nombre y rostro.

Pertenecemos a una generación que siente demasiado.

Una generación que no aprendió a normalizar la violencia ni a digerir las cifras como si fueran
lejanas.

Porque detrás de cada número hay una historia interrumpida, una familia incompleta.

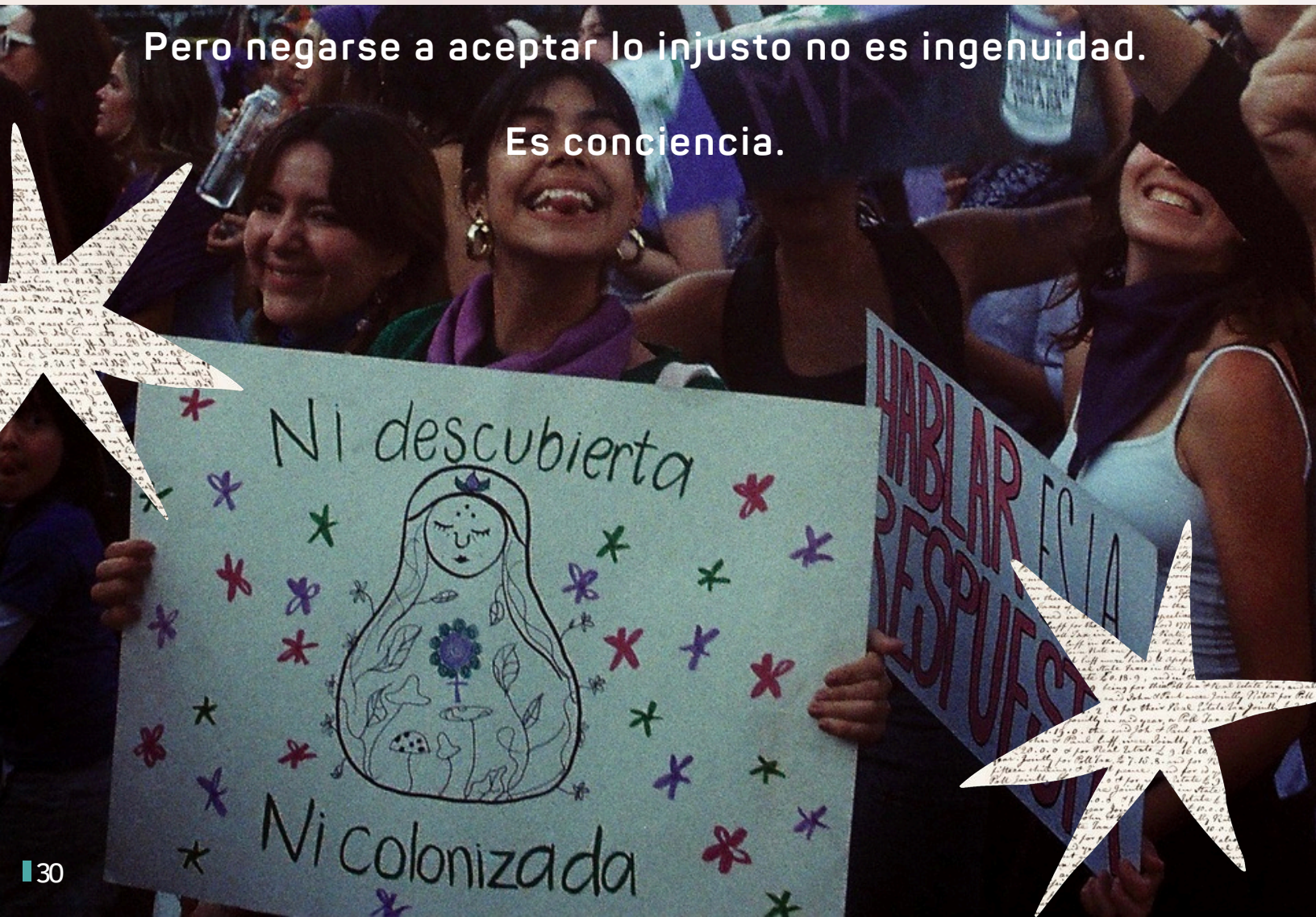
Nos llaman exagerados.

Nos llaman frágiles.

Nos repiten que "siempre ha sido así" y que nada va a cambiar,
como si la permanencia del problema fuera razón suficiente para aceptarlo.

Pero negarse a aceptar lo injusto no es ingenuidad.

Es conciencia.





Sentir como un acto de rebeldía

En un país donde salir puede sentirse como un riesgo y regresar como un privilegio, vivir se ha convertido en un ejercicio de resistencia.

Y lo más preocupante no es la violencia en sí, sino la costumbre:

la peligrosa facilidad con la que el silencio se vuelve norma y la indiferencia, refugio.

“Es mejor no meterse”.

“Así son las cosas”.

“¿Para qué intentarlo?”.





Sin embargo, el cambio no comienza en la comodidad, sino en la incomodidad.

Empieza cuando alguien decide no callar, cuando sentir deja de verse como debilidad y se entiende como lo que realmente es: una forma de responsabilidad.

Soñar con algo distinto no es idealismo vacío.

Es una postura ética.

Es rechazar la herencia del miedo como destino.

Es afirmar que no nacimos únicamente para sobrevivir, sino para vivir con dignidad.

Tal vez somos una generación que siente demasiado.

Pero, en un mundo que insiste en insensibilizarse, sentir es, quizás, el acto más radical de todos.

